

EL CABO MUSLERA MIRA AL SUR

Por Segundo Giménez Rossi

(Fecha de recepción: 13/09/2024 – Fecha de aceptación: 28/09/2024)

–¡Cabo Muslera, de pie!

Muslera gira la cabeza sobre su eje, en la roca puntiaguda en la que se encontraba sentado con las piernas cruzadas, inmóvil, la cara roja al viento y escarcha sobre su gorrito verde y raído.

–¡¡¡Muslera, de pie, carajo, que tiene una carta!!!

Se despereza y se levanta, las piernas entumecidas agradecidas de salir de esa posición incómoda. Se para sobre la piedra que hace de arco de medio punto al agujero y mira al sargento entrecerrando los ojos por los poquitos y finísimos rayos de sol que penetran el denso humo de agua que los protege.

Entre las rocas y las chapas el grito se mezcla con el chillido del viento que pasa apretado y confundido.

–¿Encomienda?! Una cabecita, marrón, somnolienta, se asoma de entre el agujero negro enmarcado por chapas coloradas, gastadas, pedazos de madera y piedras amontonadas.

–Tranquilo, Paquito, que es para mí.

Al sargento:

–¿De mi familia?

–No, pelotudo, son órdenes y vos sos cabo y yo sargento así que te parás y buscás esta carta ya mismo. Pero qué pelotudo, si estás al pedo por qué carajos no estás limpiando tu fusil o mis botas o tu cara, que la tenés roñosa ¿Qué haces mirando a la nada? ¿Medita el boludito este?

Paquito muestra una sonrisa amarillenta por entre la barba de tres días.

Tira la carta por ahí, cae en la turba viscosa. Muslera la levanta del barro, mojándose las mangas de la campera verde, desinflada:

–¿Sabe, sargento, que para allá está la Antártida?

–Y para allá el continente y allá Sudáfrica y allá Australia, ¿qué carajo me importan a mí lo pingüinos?

–A poco más de 1200 kilómetros, sargento, ¿no es tremendo, sargento?

–Y a menos de 1000 kilómetros están los ingleses con portaviones y submarinos nucleares y gurkhas que no se dieron cuenta que están peor que nosotros, así que ponete a cavar que en cualquier momento nos suena el antiaéreo y ese pocito de zorro no te va a salvar.

El sargento se limpia las botas embarradas contra una roca, se agarra de la puerta abierta de la camionetita Mercedes-Benz, pintada en tonos verdes, marrones y crema. Prende otro cigarrillo mientras un subalterno con cara de cualquiera arranca la marcha mandando oleadas de barro a todas partes.

Mientras se percata de que no tienen antiaéreos más que algún que otro sapucay, abre la carta mojada y en dialecto ineficientemente militar le comunican los misteriosos Altos Mandos:

CAVAR POSICIONES Y ESPERAR ÓRDENES

–Si la próxima orden vuelve a ser cavar posiciones, llegamos a la China, o ¿qué está del otro lado? ¿Los chinos sabrán que estamos en guerra?

Gira en su mano el rosario de plástico blanco, ahora más gris y marrón y verde mohoso que blanco, y recuerda la vez en que su abuela Elvira lo llevó a Buenos Aires y probaron comida china, arroces aromáticos con verduras innombrables en el conventillo de unos chinos, escondidos a la sombra de un edificio en construcción gigante, gris y abandonado.

Cava todo el día y, cuando el viento empieza a emitir alaridos agónicos más que chillidos y el azul casi negro del mar queda soldado con el azul casi gris del cielo, vuelve a mirar al sur.

O al sur desde su posición
desde su pozo de zorro
su única posición
la única posición que jamás tendrá
el único punto de anclaje desde el cual par-
ten
flechas
cardinales
direcciones que nunca terminan.
Y en la Antártida ¿termina algo?
Y así, nuestro cabito
casi analfabeto
por completo abandonado
y con un FAL obsoleto
se pone a pensar
en glaciares antárticos
y la corriente circular
en focas muy gordas

y orcas de metal.
¿es posible añorar una patria que nunca
tocó?
¿es posible una patria que todavía no lo es?
¿es posible una patria compartida?
¿una patria congelada?
¿una patria llena de pingüinos y de toda na-
cionalidad?
¿es posible una patria circular?
¿es la Antártida la pieza final en un tablero
armado
faenado
a lo bestia,
entre huesos
de ballena franca austral,
o es la Antártida la pieza fundacional
de una patria que se arma en cada lugar?

LINTERNAS EN LA PLAYA

*“Padre polvo que subes del fuego.
Dios te salve, te calce y te dé un trono.
Padre polvo que estás en los cielos”
Cesar Vallejo, Redoble Fúnebre a los Escombros de Durango.*

Linternas en la playa.
En este mar noctámbulo no hay luces sin baterías,
no hay luces sin pólvora.
¿Niños jugando? ¿Ancianos pescando?
En esta playa congelada:
solo pingüinos, hombres y mar.
Piedras negras sobre piedras negras.
Algunos llegaron bien hombrecitos,
otros se hicieron y volvieron así,
cegados por la oscuridad
Otros quedaron
encandilados.

Linternas en la playa,
significa sacar seguro.
Bengalas en la playa
significa cuerpo a tierra.
Explosiones en la playa
rezar a tu abuela.

Linternas en la playa.
La oscuridad que se acuesta
sobre esta arena,
más negra que cualquier vacío.
El sol duerme más profundo
agobiado por los dolores
y los horrores,
que tuvo que mostrar.

Linternas en la playa.
Las baterías
y el Imperio
deleitan con un espectáculo.
Una combinación bien pensada
de luces y destellos.
Hay blancas que caen
y se dispersan
ramas de sauce llorón.
Hay grandes y naranjas
que hacen lluvias
de tierra y roca

carne y pelo.
hueso expuesto.
Hay destellos
glotones
que no emiten luz propia,
pero se apoderan
de todo lo que destruyen
y lo reflejan
en mil pedacitos
de metal.
Y después de este show epiléptico
la oscuridad y la noche,
aliadas y hermanas,
lloran.
Se enojan e intentan deglutir
a fuerza de falta,
esos destellos no autorizados
bien calculados.
La oscuridad y la noche,
violadas,
se abalanzan sobre las bolas de fuego
imitan agujeros negros
que todo pueden comer.
Y el blanco es negro otra vez.
Y el naranja es negro otra vez.
Y todo lo destruido es negro otra vez.
Linternas en la playa.
Si no hay luces ni destellos
en la arena ni en el mar,
mate cocido e intentar secar las medias.
Si las rocas no reflejan pelos bayos ni alazán,
preparar pertrechos y ponerte a pensar

como puede ser que en esta patria todo se pueda olvidar.

Linternas en la playa,
se acercan para acá.
El seguro está quitado.
Latidos taquicárdicos
golpean la turba fría.
La abuela recibe los rezos.
Y le ruega a la noche
que le pida a su aliada,

que extienda sus brazos densos
negros,
y que a su nieto lo pueda ocultar,
de esas manos sucias y extranjeras
que caminan
en cuclillas
donde el sol nunca se pone
y la noche siempre llora.

y adivinar,

una vez más,